

Educación y modernidad. Entre la utopía y la burocracia

Eduardo Terrén

Anthropos/Universidad da Coruña,
Barcelona, 1999

Este trabajo constituye una incisiva reflexión sobre el papel de la escuela dentro del proyecto histórico de la modernidad. Ante la cada vez más evidente caracterización de la condición moderna como una situación de «crisis», el autor destaca la necesidad de comprender las múltiples dimensiones de dicha condición, así como sus implicaciones hacia la práctica escolar.

A partir de un amplio recorrido histórico, Terrén muestra cómo el proyecto cultural de la modernidad se instauró en sus inicios como una *cultura pedagógica*. El discurso ilustrado asignó un importante papel político a la educación, como mecanismo de emancipación necesario para abandonar una ética de la creencia y promover una voluntad colectiva informada. La modernidad entroncó así, por un lado, con la idea de utopía. Empero, la realización del proyecto moderno supuso a su vez la incorporación del cálculo racional en todas las esferas de la vida social. La radicalización de este proceso instituyó la burocracia como nueva forma de dominación tecnológica, ejercida a través del disciplinamiento de la conducta, mediante la administración del espacio y el tiempo. Utopía y burocracia aparecen así, en el análisis de Terrén, como dos dimensiones íntimamente implicadas en la conformación del espacio escolar.

Haciendo uso del «arquetipo platónico» acuñado en *La República*, el discurso pedagógico moderno vinculó utopía y burocracia, mediante la imagen del saber como instrumento de intervención social.

Empero, a diferencia del ideal griego clásico, la versión moderna reivindicó la idea de control racional como funcionarización de la acción y control del destino. En este contexto, el proyecto escolar aparece como el intento de hacer compatibles dos programas contrapuestos: el mensaje político ilustrado y la dimensión organizativa de la revolución industrial que le acompaña.

La consolidación del ámbito económico como eje dominante y la conformación de una esfera pública ampliada, transforman el marco de intereses del discurso escolar moderno. Con ello se pasa, como señala Terrén, de la formación concebida como *areté o Bildung*, a la instrucción generalizada. Instrucción organizada para brindar conocimientos básicos al mayor número de sujetos, en condiciones normalizadas (homogéneas, reproducibles y centralizadas por un sistema escolar). La necesidad de reproducción cultural ampliada, instituida en la modernidad, coloca en el centro del debate la reflexión sobre la relación medios-fines en el ámbito educativo, reduciendo el proceso escolar a un problema de cálculo racional. Merced a este proceso, el conocimiento experto (amparado en la autoridad profesional y el uso tecnológico del saber) se instituye como criterio dominante en la orientación de los procesos escolares.

La razón moderna comienza desencantando al mundo y acaba desencantándose a sí misma. El desencanto frente a las premisas ilustradas, evidencia el derrumbe de un mundo que encontró su fundamentación en la fe carismática de la razón. La crisis de la modernidad anuncia la muerte del sujeto como principio fundante del conocimiento y el descrédito en torno a la existencia de un nexo necesario entre conocimiento racional y bien común. Los dilemas de la razón práctica se reflejan en la imposibilidad constitutiva de regular racionalmente el mundo. El desarrollo del cientificismo en su manifestación extrema, como racionalidad instrumental, nos arroja hacia la indiferencia ética en torno a los fines, en favor de un uso eficaz de los medios. El destino de la educación no es ajeno a estas problemáticas. En este marco, cobra especial relevancia una interrogante planteada por Terrén a lo largo del texto: ¿Son sostenibles aún los ideales de la modernidad respecto a la educación?

El discurso pedagógico no puede eludir las preguntas abiertas en torno a la crisis de la modernidad y las «metanarraciones» que le dieron fundamento. La postmodernidad se plantea como una «modernidad sin ilusiones» que cuestiona no sólo la legitimidad de un modelo u orden específico, sino la *posibilidad misma de legitimación*. Con ello, las preguntas se dirigen hacia los fundamentos mismos. ¿Qué educación transmitir? ¿Sobre qué fundamentos? ¿Con qué fines? ¿Qué contenidos, qué historias, qué identidades reivindicar?

Ante la pérdida de sentidos que garanticen la orientación de nuestras prácticas, asistimos al fortalecimiento progresivo de discursos de corte neoliberal. Pertrechados en el principio de «incertidumbre», y la comodidad del «consumo en libertad», dichos discursos realizan la defensa ideológica de un mundo «abierto» y globalizado. Mundo que ha renunciado a la utopía de la planificación social, instalando en su lugar la «soberanía» del consumidor, la indiferencia ética ante las consecuencias de la acción y la «universalización» de perspectivas y valores (traducida en los hechos como monoculturalismo). Se trata, pues, a juicio de Terrén, de la nueva apología para un capitalismo «flexible», alerta ante los excesos de la rutinización burocrática y propenso a introducir, bajo el lema de una «nueva cultura del trabajo» formas innovadoras de control personalizado e incremento de la calidad, a la par que esquemas no convencionales de empleo y consumo «a distancia».

En su diagnóstico de la escuela moderna, Terrén distingue tres momentos paradigmáticos que señalan importantes cambios en la concepción y discursos educativos: 1) Escolarización masiva; 2) Educación vinculada a la igualdad de oportunidades y la movilidad social; 3) Educación como objeto de libre elección en el mercado.

Luego de un recorrido por estas etapas, el autor se centra en las implicaciones propias del tercer momento, de corte neoliberal, en que el mercado aparece como espacio «natural» de socialización y resolución de las deficiencias educativas. Así, frente a la crisis de la institución escolar, el neoliberalismo asume como ejes rectores la abolición de la burocracia y la libertad del individuo, en tanto consumidor inscrito en la lógica del mercado. En consecuencia con esta orientación desreguladora, se sostiene que sólo la libre competencia puede hacer que las escuelas mejoren, postulado asociado a su vez a la consigna ideológica de «devolver a los padres la decisión sobre la educación de sus hijos». Bajo una fórmula en apariencia estrictamente «técnica», lo que en el fondo se propone es la disolución del papel de la ciudadanía en la definición del hecho educativo (tema concerniente a la *res pública*), en favor de un horizonte atomizado, regido exclusivamente por los patrones de consumo.

Paralelamente, al interno de la escuela se postula el «ideario profesionalista» como nueva imagen del trabajo docente. Ideario basado en pilares tales como la instrumentación máxima del saber técnico, la reestructuración desreguladora dirigida a incrementar la calidad del producto educativo y el llamado a propiciar una mayor iniciativa de los centros, de cara directa a sus clientes potenciales. Sobre esta base, la renovación educativa se apoya en una nueva «cultura

organizativa» que funciona como «ambiente» circundante de la escuela, asumida ahora como empresa. Así, es la escuela «individual» y no el sistema escolar en su conjunto, la unidad básica de cambio, dentro de un programa que abandona los parámetros tradicionales de cambio institucional reformista, en favor de la imagen de la escuela emprendedora, ajustada a las necesidades del cliente.

Como señala Terrén, las organizaciones adoptan mitos poderosos para garantizar su legitimidad. Esta se apoya en la fe de sus miembros sobre la pertinencia y el rendimiento social de la propia organización. Con todo, la legitimidad no se construye por consigna, o la mera presencia de intereses convergentes. Es necesaria para su construcción la mediación de valores y símbolos compartidos. En este sentido, las hegemónicas no se imponen, sino que se elaboran. La identidad de una institución, en este caso, la escolar, es siempre el producto de una identidad *negociada*. De ahí la importancia que tiene para su constitución la comunidad educativa. Ciertamente, puede reconocerse la existencia de una afinidad electiva entre postmodernidad e ideología neoliberal. Empero, también se evidencian a lo largo del proceso importantes signos de resistencia y cuestionamientos al discurso hegemónico, procedentes de las perspectivas de docentes, funcionarios, padres de familia y educandos.

En el marco de la modernidad, legitimación y acumulación han coexistido como polos inherentes a la lógica capitalista, como elementos que someten dicho orden a permanente tensión. La crisis de la escuela se presenta en las diferentes coyunturas de este proceso como déficit de la capacidad integradora y mediadora de lo educativo para enfrentar esta tensión. El vocabulario reformista de la educación ha sido usado recurrentemente como un juego de lenguaje de legitimación, de cara a este dilema. Así, toda reforma puede entenderse como un intento de restaurar la legitimidad del propio sistema escolar, en atención a las funciones sociales que le son asignadas.

En la búsqueda de alternativas frente a la actual crisis escolar, si bien no es posible ya asumir acriticamente los metarrelatos modernos, es necesario reconocer la deuda pendiente que mantenemos con el espíritu utópico de la modernidad. Con todo, la reivindicación de muchas de las virtudes políticas de la utopía ilustrada, no debe sin embargo apartarnos de una actitud de alarma ante los límites y las aporías de todo programa racional de enseñanza. Ante ello se abren miles de interrogantes. No obstante, pese a lo inquietante de las preguntas, o precisamente por su naturaleza perturbadora, su reflexión se impone como necesaria. En esa tarea, la lectura de un texto como el de Terrén constituye un importante referente.

Juan Pablo Vázquez Gutiérrez